Menotti Lerro

DOÑA JUANA

Comedia en cinco actos

¿Cuál es el éxtasis mayor? ¿El de la mujer o el del hombre?

¿No son acaso el mismo?

V. Woolf, *Orlando*

*Para Carla Perugini*

Entre sueño y realidad

Menotti Lerro, poeta, cada vez más consciente de sus recursos expresivos, ahora se mide con el género teatral, inventando una figura excesiva, extrema, Doña Juana, una especie de Gran Señora del mal y del maleficio, que llega a infundirlo en quién tiene el terrible y triste destino de encontrarla, frecuentarla.

Lerro ha querido juntar en ella todo lo negativo que puede existir en el mundo, desempolvando el antiguo adagio, según el cual, en el universo medieval, la mujer era considerada *instrumentum diaboli* sin embargo, al mismo tiempo, ha querido hacer de ella una Grande Señora del intelecto, de la razón misma, que excluye cualquier forma de bondad y humanidad. Un monstruo, pues, de inteligencia y de crueldad contra un mundo, que ella cree regulado por leyes absolutas y absurdas, que empiden la realización de los instintos más inmediatos.

De esta manera el eros triunfa en esta *pièce*, aunque si el autor se muestra particularmente hábil, *in progress*, deteniéndolo bajo el umbral de la espera, de la pura visión teatral, dejando imaginar e inventar al espectador, sobre todo ante la relación lesbiana, que tendrá la protagonista con una joven esposa, destinada a expiar con la muerte, luego aquella del marido, por su instintivo abandonarse a la pasión sin frenos.

Doña Juana domina la escena con su autoridad y su poder; en este sentido, se eleva como una terrible metáfora de un universo que ya ha perdido cualquier confín entre el bien y el mal o, mejor, que ha invertido totalmente los términos históricos de esta relación, poniendo el mal encima del altar bendito del bien.

Las consecuencias son múltiples e investen los conceptos principales de una reflexión alternativa y ultrancista: sobre el amor, que es múltiplo y contiene todo; sobre Dios, jugador de azar al crear el hombre; sobre la Iglesia, culpable de haber traicionado cíclicamente su propia misión, imponiendo un código de amor, para Doña Juana, falso e hiprócrita.

¿La salvación? Parece volver a escuchar lejanas tesis de poetas malditos: la poesía, la única ocasión todavía concedida no, se observe bien, para salvarse el alma – que para Doña Juana no existe – sino que para atribuir un fin, una desembocadura a una vida, señada por el aburrimiento y por la costumbre a una serialidad de máscaras que llevar sin alguna perspectiva de rescate interior. No queda entonces que contarse poeticamente, dando por fin a sus pulsiones más íntimas un placer intenso, que la vida continuamente niega. Solo en este modo, la literatura puede aliarse con la vida para poder perseguir sus finalidades más biológicas.

ooo

El autor salernitano se muestra particularmente capaz de sustentar teatralmente esta que es su primera prueba, a través, sobre todo, fuertes e inesperados cambios de escena, a veces casuales, otras veces calculados, también jugando en la escena con el amor no vivido entre Doña Juana y el financiador bonachón de sus vicios mundanos, encontrado en el casino, tras una feliz combinación y complicidad que tiene con el espectador, siempre sorprendido por los diestros estratagemas elaborados por la protagonista, hasta llegar a la prueba final con la aparición del padre en el sueño, la única persona que parece sacudir la presumida sensibilidad de la señora y que, aunque bajo el significativo hermafroditismo que caracteriza su presencia, de todos modos también está destinado a caer en aquella filosofía del mal que Doña Juana ha elaborado con férrea persistencia y que abraza cualquiera real o soñadora forma de existencia.

Entre realidad y sueño se desarrolla por lo tanto este experimento teatral de Menotti Lerro, claramente marcado por algunas dominantes tendencias de la dramaturgía contemporánea, sobre todo por el uso de la fascinante y fabuladora dialéctica máscara-rostro.

Además, el recurso frecuente al sueño, que se convierte en sueño, permite de evaluar la ambigüedad, si se desea, el doble sentido del acontecimiento, que puede llegar a dejar hasta perplejo al espectador, el cual, al final de la representación, está autorizado a preguntarse: ¿he soñado o más bien he asistido a la escena de una historia verdadera? El doble juego, que el teatro regala, donde queda la apuesta y el desafío por una vida, que, vivida teatralmente, no siempre complace y por esto invoca e impone siempre nuevas e inquietantes preguntas.

*Francesco D’Episcopo*

DOÑA JUANA

Personajes

*(por orden de aparición en escena)*

JOSEFINA, camarera de Doña Juana

DARIO, sirviente de Doña Juana

DOÑA JUANA

DON ROGELIO, marido de Doña Juana

CAROLINA, peluquera

ALICIA, peluquera

BRUNELLA, amiga de Doña Juana

ARTURO, marido de Brunella

GB, hombre acaudalado

ESPECTRO

El acontecimiento está ambientado en Campania.

ACTO I

Escena I

Josefina, Dario, Doña Juana

*(salón de la casa de Don Rogelio y de Doña Juana)*

JOSEFINA – *(con un teléfono móvil en la mano)* ¿Los hombres? Son todos sinvergüenzas. Te engañan, te escriben palabras de amor. ¿Y esto por qué? ¡Siempre por el mismo objetivo! No piensan más que en eso, estos bribones. Solo a clavarte un puñal en el corazón, *(mirando la pantalla del móvil)* y vaya escríbeme... ¡Escribe! ¡Maldita sea yo! Lo sé que estás allá. Acabas de poner un *me gusta* sobre la foto de esa putilla. ¡Ah, qué rabia me viene! ¿Qué no sabes que esa se la entiende con toda la chusma? ¡Un desgenerado, solo eso es lo qué eres! ¡Horrible sifilítico! ¡Qué te caiga un rayo de fuego!

DARIO – (*entrando en el salón)* ¿Tienes un problema conmigo?

JOSEFINA – ¿Cómo dices?

DARIO – Me pareció de escucharte decir desgenerado, creía lo dijeras a mí.

JOSEFINA – Pues no ¿Tú qué tienes que ver? Hablaba de este otro cerdo. Un ser que pasa sus jornadas a seducir mujeres y niñas, enviando mensajes en los teléfonos de todas ¡Qué la peste se lo lleve, a ese hijo de perra!

DARIO – Debe haberte molestado mucho, este tipo, si te hace hablar de esta manera. Sin embargo últimamente me parece haberte oído decir cosas por el estilo bastante a menudo...

JOSEFINA – ¿Pero qué puedo hacer yo si el mundo está lleno de hombres? Es fácil para ellos hacernos dar vueltas a la cabeza. Tienen palabras dulces como la miel, para convencernos de una presunta y nunca aclarada sinceridad, se sirven de armas ocultas que ni menos puedes imaginar, querido mío.

DARIO – Con todas estas tonterías, a mí no me da vuelta solo la cabeza...

JOSEFINA – ¡Te torcería el cuello, por lo tan nerviosa que estoy esta noche! ¿Cómo es posible que no encuentra ni un instante para pensarme, este cornudo?

DARIO – ¿Sabes qué te digo? Deberías de pedir ayuda a Doña Juana ¡Ella sabe cómo hacerse respetar! Esa que está allá todavía no ha cumplido cuarenta años y ya ha probado el vino de muchas bodeguitas. *(con voz baja irónica)* Y una vez ha saboreado también el mío...

JOSEFINA – ¿Y aunque fuera así? ¡Nosotras las mujeres sabemos lo que queremos! ¡Y también cómo obtenerlo!

DARIO – Ha regresado esta mañana. Parece cierto que el viaje ha sido todo un montaje ¡A Londres, claro! ¡Vaya! Habrá ido en Nápoles, en una de esas tabernas de hotelillos con alguien conocido pocos días antes.

JOSEFINA – ¡Feliz por ella, qué haya podido beber un buen vinillo! ¡Blanco vinillo volcánico!

DARIO – Pero, digamos la verdad. Traicionar de este modo ese santo hombre de Don Rogelio. *(con alusión)* Él que le ha dado todo… que ha compartido con ella también el título de nobleza. Y por suerte que existen todavía personas como él, señores en los modos y en el lenguaje. Repudió su ex mujer para hacer feliz ella. Porque lloraba, lloraba... ¡La pobrecita! Le amaba demasiado, decía. ¿Y entonces qué hace? Aprovecha de su ausencia para hacer lo que quiere.

JOSEFINA – *(un poco dudosa)* ¡Sí, en efecto, para ser un hombre Don Rogelio se ha comportado siempre bien! ¡Y no es ni menos tan feo! Más bien, hubiera ofrecido a mí sus tierras...

DARIO – Ah, mira, aquí que llega Doña Juana. ¡Es toda tuya! Voy a ordenar unas cosas por allá. *(sale)*

DOÑA JUANA – *(entrando enseguida desde otra puerta)* ¿Josefina, has arreglado las cortinas? Hagámoslo de prisa, así las enganchamos para primavera.

JOSEFINA – Sí, ya las saqué como nuevas.

DOÑA JUANA – ¡Bien hecho!

JOSEFINA – ¡Fuera tan fácil zurcir un corazón como se hace con una cortina, señora mía! *(suspira profundamente)*

DOÑA JUANA – ¿Qué te pasa Josefina, estás sufriendo por amor?

JOSEFINA – ¡Oh señora bella! Me siento como una flor aplastada, como una muñeca de trapo.

DOÑA JUANA – Me impresiona oírte hablar de esta manera. ¡Te ruego dime qué te turba!

JOSEFINA – ¡Los hombres! Me hacen estar siempre mal.

DOÑA JUANA – Ah, cómo te comprendo, Josefina. También mi corazón sufre mucho... Pero no te preocupes, anda, déjame sola. Más bien, quédate, cariño, tendría ganas de hacerme un baño. Un baño calientísimo, lleno de aceites perfumados y burbujas de jabón de todos los tipos. Esencias vegetales y grasa de cinta senese. ¡No imaginas cuánto la piel se ponga aterciopelada! ¡Ah, la piel, la piel nunca tendría que arrugarse y perder lucidez! ¿Me llenas la bañera, por favor, Josefina? Terminaré de contarte esta historia en el alivio del agua caliente.

JOSEFINA – Sí, yo también le debo contar de cuánto se ha enfermado mi alma. De cómo ese hermoso personaje ha engañado este corazón ingenuo, de una muchacha de otros tiempos. Le contaré de cuánto estoy agrietándome por él... ¡Ah! *(poniéndose una mano en la boca)*, ¡Es mejor qué me callo!

Escena II

Doña Juana, Josefina

*(cuarto de baño de la casa de Doña Juana)*

DOÑA JUANA – *(sumergida en la bañera)* Qué maravilla estar sumergida en esta agua. Tengo que volver lo antes posible en los baños árabes de Sevilla. Si apareciera ahora Alfeo yo no huiría de seguro. Sobre todo si él se convirtiera en un vigoroso caballo... *(risitas)*

JOSEFINA – Ja, ja, ja ¿De qué habla, señora?

DOÑA JUANA – De nada. Una vieja historia que Rogelio cuenta siempre.

JOSEFINA – *(esforzándose en hablar correctamente)* De todos modos, querida Doña Juana, la verdad es que los hombres son una banda de oportunistas ¡Y hay que tener cuidado de no caer en sus telarañas! ¡Ellos te revientan la bilis!

DOÑA JUANA – *(hablando consigo misma)* Si quieres comprender cómo ama una mujer, debes simplemente escuchar sus palabras al revés. Si quieres comprender cómo ama un hombre, cuándo habla de amor debes taparte las orejas. *(mirando Josefina)*. Tienes razón, de todos modos. Los hombres son como el vino. Los saboreas, parecen buenos, te excitan los sentidos... ¿Sin embargo, después? De repente te encuentras con la cabeza que te da vueltas. Y si no pones atención, si no eliges solo aquellos de altísima calidad, acaba que te llega también la náusea. Quizás sería mejor cambiar de orilla. *(ríe de gusto)*

JOSEFINA – ¿En qué sentido, señora mía?

DOÑA JUANA – Nada, decía así para bromear. Recuérdate que a ningún hombre pertenece el sol más de lo que pertenezca a ti. Nunca dejes que te pongan en la sombra. *(cambiando el tono de repente)* Escucha, Josefina, ¿me dirías con palabras pobres qué te gusta en particular en un hombre? Así no más, sin reflexionar demasiado.

JOSEFINA – Eh, señora, es mejor que no se lo diga. *(sonrisa maliciosa)*

DOÑA JUANA – ¡He entendido todo! ¡Y a quién non le gusta! Para nosotras las mujeres ciertas cosas son de verdad una droga maldita. Nos hacen caer en los sueños de noche y nos ponen alerta de día. Sin embargo, el hombre tiene que estar muy bien atizado, si lo quieres conquistar. O si no para ellos serás solo la diversión por una hora.

JOSEFINA – ¿Y cómo? Yo, a decirle la verdad, nunca he sido muy buena en hacer caer los hombres a mis pies. A lo mejor porque soy demasiado tímida. Me basta mirarles por un momento en los ojos y ya me parece que han entendido todo de mí. Y entonces huyo por la vergüenza. Los ojos dicen lo que la lengua quisiera detener.

DOÑA JUANA – Sí, aferran enseguida, tu timidez… *(sonríe irónicamente)* Bien, veo que necesitas algunas lecciones aprofundidas. Esta manaña se comienza. Siéntate aquí, al borde de la bañera. Escúchame con atención y, sobre todo, relájate. Déjate llevar, de ahora en adelante, por mis palabras y por mis manos.

JOSEFINA – ¡Vale! ¡Estoy lista!

DOÑA JUANA – Te enseñaré a seducir un hombre. Y te mostraré como hacerlo tuyo para siempre, como convertirlo en un esclavo del amor, de manera que te bastará desearlo y él te aparecerá delante. Serás tú su droga, su todo, su peor enfermedad.

JOSEFINA – ¡Siento el fuego que me quema ya!

DOÑA JUANA – Por primera cosa, siempre debes mirarlo en los ojos cuando estás a su lado; como te miras en un espejo cuando quieres engañarte. Y esto también cuando creas que esos ojos te estén leyendo dentro, aunque pienses que ya estás perdida. Recuerda que, en verdad, tiene siempre más miedo él que tú. Además, ten en cuenta que el hombre es muy sensible a los ojos de una mujer. Es como si de cerca todo le pareciera más hermoso, ¿y sabes por qué? ¡Por qué nació ciego! Entonces, observándote de esta manera, llega pronto a imaginarse de besarte y de ponerte la lengua en los surcos de la cara. Te mira pocos instantes en los ojos y es como si te viera ya sin ropa, nuda como un melocotón al cual ha sido sacada delicadamente la cáscara y que espera solo de ser comido a mordiscos, para rosear todo su jugo en tu boca.

JOSEFINA – ¿De verdad? *(con mirada soñadora y maliciosa)*

DOÑA JUANA – Sí, pero antes de decirte otras cosas apaga esa luz y enciende las velas. La prenumbra es fundamental en ciertas situaciones. Es como si nos llevará en otro tiempo. Los contornos de los rostros y de los cuerpos parecen más interesantes cuando están en claroscuro. El tiempo pierde su rol inexorable y parece no ser así importante en la vida de cada uno.

JOSEFINA – ¡Qué bella la prenumbra! *(enciende una vela. Habla con voz soñadora)*

DOÑA JUANA – Entonces, decía, lo miras y después... mejor si acercándolo hacia ti *(la tira)* le susurras algo al oído, como por ejemplo: “¿Sabes qué tienes orejas hermosas?” Le debes rozar los lóbulos con los labios, de esta manera. Hacerle sentir el fuego de la pasión que arde en la punta de la lengua. Ah, la lengua... Qué es la lengua sino una llama encendida en la chimenea de la boca... o una cinta de seda delicada que te envuelve y te conduce fuera del mundo, en un blando, suave silencio.

JOSEFINA – *(aturdida)* ¿En serio? *(con mirada excitada)*

DOÑA JUANA – Sí, y también tu cuello es muy sensual *(la besa largo el cuello)* ¿Lo sientes? ¿Sientes el placer cómo te baja hasta el bajo vientre? *(la toca con una mano en las partes íntimas)*

JOSEFINA – Señora, me siento... No sé decirle cómo.

DOÑA JUANA – Abandónate, querida, deja que te muestre cuánto de más bello tú tengas que saber *(saca la ropa a Josefina y la hace entrar en su bañera)*

JOSEFINA – Señora. Usted sabe muy bien como conquistar un hombre.

DOÑA JUANA – Debes hacer que se dejen llevar. Así, abandónate. Deja que te acaricie el seno. Qué hermoso. Tus pezones son unas fresas de bosque apenas recogidas que emanan fragancias de amor.

JOSEFINA – ¿Quisiera... Podría... Puedo tocarla también yo, Doña Juana?

DOÑA JUANA – ¿Quieres tocar estas esferas? Bien, acarícialas. Podrás a través de ellas leer el fututo.

Escena III

Doña Juana, Dario, Don Rogelio

*(en un salón del palacio de Don Rogelio y de Doña Juana)*

DARIO – ¿Se ha ido?

DOÑA JUANA – ¡Por fin! No aguantaba más sus pantomimas. Sabía desde el primer día que no esperaba nada más que introducirse en mi cama. Y la he satisfecho. Sin embargo ha sido demasiado fácil. ¡Habría preferido cogerla a la fuerza! ¡Ja, ja, ja!

DARIO – Señora, usted sabe leer bien en los vicios de la gente.

DOÑA JUANA – La gente es solo esclava de las convenciones sociales. Sin embargo, basta que le das una ocasión y se desnudan.

DARIO – ¡Una vez más ha puesto al desnudo mi fundamento!

DOÑA JUANA – No comenzar, Dario. O deberé llamar otro para ponerme en orden la casa y el jardín.

DARIO – ¡Por caridad, usted me quiere mal!

DOÑA JUANA – ¡Tengo una idea! O mejor, es algo que me gira por la cabeza desde mucho tiempo. Creo que haya llegado el momento de poner en acto mi propósito. Tenemos que dar una fiesta, una fiesta magnífica, lujosa, con el dinero de Rogelio me lo puedo permitir. *(ríe)* E invitar gente hermosa. Sobre todo... invitar Brunella y ese ser insignificante del marido.

DARIO – ¿Otra fiesta? ¿Qué tiene en mente esta vez?

DOÑA JUANA – ¿Pues has visto las piernas de Brunella? ¿Qué hay entre esas piernas? ¡Lo quiero saber! Sueño de besarlas desde cuando se las vi cruzar una vez, en el restaurante. Tengo todavía en la cabeza los movimientos de sus músculos.

DARIO – Sin embargo, ambos están casados desde bastante poco. No creo le será tan fácil lograr su intento. Y además... Deje que ellos sean felices. No se entremeta en sus vidas. Existen muchas otras personas.

DOÑA JUANA – Veremos, querido Dario. Por ahora tienes que a hacer correr la voz que el sábado habrá una fiesta en la villa de Doña Juana. Debes decir a todos de compartir el mensaje entre las sólitas personas que invitamos, así llegarán en grandes números. ¡Esta vez quiero exagerar!

DARIO – Está bien, señora, no obstante usted quizás tendría que sentar cabeza. Elegir una persona y nada más. O tenerse esa que ya tiene: vuestro esposo, que es un buen hombre. ¿No le parece de exagerar a los ojos de Dios?

DOÑA JUANA – ¡Deja en paz Dios! Tu falsa moral me da asco. ¿Ves a lo mejor por algún lado mi esposo? ¿Tal vez ves gente feliz? ¿Parejas de personas que viven verdaderamente el uno por el otro? Aquí somos todos esclavos de la carne. Porque la verdad es la carne ¡Y solo la carne! ¡Nada más! Y no hay culpa en favorecer los deseos del cuerpo. Hoy en día la gente pasa las jornadas a mirar culos, tetas y pectorales por internet. Todos anhelan a todos. ¿Cómo se hace en una sociedad así mutada tranquilizar los calientes espíritus? Entonces, reconozcámoslo. Cada uno tiene que buscar el placer que lo devora y lo aniquila. Ya todos somos esclavos. ¡Basta de hipocrecías! Yo quiero seguir el instinto, el ardor de mi deseo, en otros tiempos inconfesable. ¡Los momentos de amor sirven para recordarnos que nuestra condición va hacia la felicidad! Si no puedo disfrutar de nada, en esta época, ¡qué goze al menos de la libertad de mis pulsiones! Nacemos machos o hembras, pero no sabemos en que nos convertiremos, a cual género perteneceremos frente a la muerte. Gozaré de todo lo que me encanta. La mujer de mi vida será siempre quien encontraré manaña. Y que me sea testigo Jehová de los ejércitos, ¡nunca me pentiré! Me dejaré llevar por cada soplo caluroso, por el vórtice de la pasión que me rapta cada vez que tropezo con la gracia de las formas, con voces aterciopeladas que hablan de todo para evitar de hablar de amor ¡Ah esas voces... ! Las quisiera poseer todas. Es como si mi corazón tuviera que nutrirse de la esencia de otros corazones para poder continuar a latir. ¡Dario, yo soy una vampira!

DARIO – Pero jamás que a usted le hubiera gustado chupar mi sangre...

DOÑA JUANA – ¿Aún con esta historia? Me estás torturando el alma con tu obsesión. ¡No me importas! ¡Métetelo bien en la cabeza! Este cuerpo lo quiero arrojar entre manos delicadas, no entre tus callos lacerados por espinas de rosa. ¿Te has dado cuenta de cuánto ridículo se muestra quién se empeña en el cortejo sin lograr atraer la persona deseada?

DARIO – Un tiempo, pero, usted no razonaba de esta manera. Estaba bien feliz de mis manos callosas. ¿Qué cosa le ha hecho cambiar así tanto, Doña Juana? ¡A veces me parece otra!

DOÑA JUANA – ¿Feliz, dices? La felicidad es la ilusión de ser felices, la infelicidad es el miedo de serlo. Un poco de miedo ayuda a vivir en la luz, demasiada te estrangula en la oscuridad ¿Otra? ¡Sí, soy otra! ¡Te parece bien que uno quede siempre igual! Cada día, cada hora, cada minuto, el ser humano se renova. Cada experiencia, cada pensamiento, cada rumor, cada sueño está allí listo para cambiarte. Nos ilusionamos con ser los mismos por toda la vida, y en vez somos otro en cada instante. Por esto cambiamos idea así rápidamente: porque los deseos de lo que éramos no son más los mismos de lo que somos. Si fuera aún esa de un tiempo, cuando todo me parecía así perfumado, hasta un charco... vete entonces ahora mismo, ¡no me molestes más! ¡Haz lo que te he dicho!

DARIO - *(de manera resentida, entre los dientes, parándose bajo el umbral de la puerta)* ¡Ah, qué puta! ¡Se nace página blanca y se muere página negra!

DOÑA JUANA – ¡Qué murmullas doméstico melenso y tedioso como el hambre! *(pausa)* Vaya, no te enojes, vuelve aquí que te cuento de mi fuerte pasión por Brunella. No murmulles entre los dientes de esta manera resentida; en estos casos, cuando alguien te da ordenes que no logras aceptar de buen agrado, recuerda que puede impedirte de hablar, pero nunca de pensar. Vedrás, volverá tu momento, quédate tranquilo. Aunque ahora te quiero solo como un amigo. ¡Fuerza, deja esa bandeja y vuelve aquí!

DARIO – *(regresando en el salón)* Bien, Doña Juana, Dígame todo. ¿Cómo ha hecho Brunella a trastornatarle de esta manera?

DOÑA JUAN *(alegre)* ¡Oh, es una muchacha maravillosa! Me gusta ese modo que tiene de mojigata, y en realidad lo es un poco... así... ingenua e inesperta, diría, con un airecito de nobleza en sus ojos. Pero abajo abajo... ¡Es cómo el fuego! Reconocería una llama que arde de esa manera también en el infierno. ¡Y será mía! La quiero para mí. Le haré olvidar ese tonto marido que ha elegido.

DARIO – ¡Sin embargo, es un buen hombre! Esto no tendría que olvidarlo.

DOÑA JUANA – Es un hombre sin pasión, y entonces es inútil, como todos aquellos que hacen de la filosofía y de la poesía argumento de flojas reflexiones, en vez de utilizarlas para seducir los demás y sí mismos. Con sus maneras sofisticadas él ha logrado cautivar a Brunella, pero no ha llegado a su fuego. Pensaré yo a poner las cosas en su lugar. Brunella se convertirá en una lengua incandescente que querrá quemar todo menos que la vela del candelabro de su marido. El tiempo que le queda lo querrá emplear todo haciendo fiestas!

DARIO – ¡Virgen santa! Me voy... *(sale del salón. Doña Juana se queda sola. Sonríe y enciende un cigarillo)*

DARIO – *(volviendo poco después en el salón)* ¡Señora, ha llegado vuestro esposo!

DOÑA JUANA – Sí, aparece siempre cuando se nombran los candelabros...

DARIO – Voy a abrir.

DONA JUANA – ¡Qué bien, desenrolla una alfombra!

DON ROGELIO – *(fuera de la puerta)* ¿Cómo es posible que ponéis siempre las llaves detrás?

DARIO – *(abriendo)* En estos tiempos es mejor cerrar con dos vueltas las propias cosas, señor Rogelio.

DON ROGELIO – En efecto son tiempos muy malos. Es mejor ser previdentes. ¡Muy bien! ¿Dónde está mi esposa?

DARIO – ¿Y dónde quiere que esté? Está allá que le espera, señor.

DON ROGELIO – Qué mujer maravillosa con quien me he casado, ¿no es verdad?

DARIO – Sí, es como una rosa sin espinas.

DON ROGELIO – Qué nunca podría marchitar, añadiría, amigo mío *(entra Doña Juana)* Aquí está, ¡miren cuánto es hermosa! ¡Parece una estrella!

DOÑA JUANA – *(luego de haberlo mirado con una sonrisa maliciosa)* Tienes razón, amor, soy una rosa que no desflorece. Ven enseguida a darme un beso porque si no el hechizo no se rompe.

DON ROGELIO – *(abrazándola y besándola)* ¡Te he extrañado mucho! No he hecho nada más que pensar en ti por todo este tiempo. ¡Oh amor, oh pasión, oh vida mía!

DOÑA JUANA – ¡Yo también te he pensado mucho, mi querido amor! No imaginas cuánto.

DON ROGELIO – ¿Pero qué he hecho para merecerme una mujer cómo tú?

DOÑA JUANA – Aunque algún pecado lo habrás cometido. Diría yo.

DON ROGELIO – Pareciera que no fuera así, dada mi felicidad.

DOÑA JUANA – La nuestra, esposito azucarado, corazón mío.

DON ROGELIO – ¡Sí, la nuestra! Dario, tráenos una botella de vino tinto, la que tú quieras. Corposo y especiado, por favor. Es el sabor del amor.

DOÑA JUANA – ¡Qué ideas maravillosas que tienes! Estoy muy feliz que estés aquí, me parece de soñar, ¿te quedarás mucho?

DON ROGELIO – Desgraciadamente no. Mañana ya me voy. Iré en América a seducir nuevos compradores.

DOÑA JUANA – ¡Espero qué no sean compradoras! *(enfurruñándose)*

DON ROGELIO – No, no, ¡son todos hombres, cariño!

DOÑA JUANA – ¿Entonces has cambiado gustos? ¿Seduces hombres ahora? ¡Ja, ja, ja!

DON ROGELIO – Se dice por decir, amor. Lo sabes que tengo ojos solo para una mujer, para ti, mi Venus.

DOÑA JUANA – ¡Menos mal, un mal en menos! Me gustaría ver si te convirtieras en gay.

DON ROGELIO – Dejemos estas cosas para otros. Y sobre todo dejemos en paz los gays, ya tienen muchas po... *(se tapa la boca)* por la cabeza.

DOÑA JUANA – Qué bien, me encanta tu ironía.

DON ROGELIO – Amor... *(le toca una pierna en manera provocadora)*

DOÑA JUANA – Debo darte una muy mala noticia, corazón de chocolate. Y no sabes cuánto lo siento.

DON ROGELIO – ¿Dime querida, qué occurre?

DOÑA JUANA – Nada de que alarmarse. Concierne solo esta nuestra nochecita. Has sido muy amable a hacer traer el vino... Y esas sábanas están allí para envolvernos y renfrescarnos... Pero desde ayer me llegó el mes. Tú sabes que no puedo, en tales circunstancias, porque después me siento mal.

DON ROGELIO – Cariño, no es nada, comprendo muy bien, ¡no te preocupes! Me habías asustado. No pasa nada. Haremos el amor otra vez.

DOÑA JUANA – No veo la hora, adorado.

DON ROGELIO – Supieras yo, mi vida, mi joya. Llegando aquí no hacía nada más que pensar a nosotros. A cuánto te habría amado esta noche. A la manera en la cual te habría querido poseer. Todavía y más todavía. Me parecía de enloquecer al recordar tu gracia. Y ahora... Mejor que cambie disco porque sino me estalla.

DOÑA JUANA – Sería un pequeña explosión... *(riendo)*

DON ROGELIO – Querida, así me ofendes. Sabes que tipos pasionales como yo, en fondo, hay muy pocos por el mundo...

DOÑA JUANA – *(fingiendo de creerle)* Sí, querido, lo sé. Bromeaba. Tú eres mi linfa vital. Eres el hombre más pasional que se pueda desear.

DON ROGELIO – ¡Amor, cuánto te amo!

DOÑA JUANA – ¡También yo cariño mío! Pero ahora, fuerza, vamos a dormir, estoy muy cansada.

DON ROGELIO – ¡Sí, amor, durmamos! Mañana, antes de irme, te contaré de toda la gente que he encontrado en Oriente, de cuántas cosas me hayan sucedido y de cómo haya logrado salir bien desde todo. Vedrás, serás muy orgullosa de mí. Te diré todo lo que haré en América, ¡y será todo para nosotros, para ti!

DOÑA JUANA – *(se tende suavemente sobre el sofá y dice irónicamente)* Ya me excita la idea.

ACTO II

Escena I

Carolina, Alicia, Doña Juana

*(en un centro de belleza)*

CAROLINA – ¿Sabes quién vendrá a arreglarse el pelo esta mañana, mejor dicho entre un cuarto de hora?

ALICIA – No, ¿quién?

CAROLINA – ¡Doña Juana!

ALICIA – ¡Ah qué bien! ¡Qué personaje es ella!

CAROLINA – ¡Sí, una verdadera encantadora! Dicen que seduzca a todos.

ALICIA – Mira, ¡déjalo correr! También había puesto los ojos sobre mi esposo. Sin embargo, estoy siguiéndolo muy de cerca, a ese cretino. Y si le pillo haciendo el galán lo mando al diablo enseguida. Basta que lo veo una vez, una sola vez, hablar con Doña Juana y lo abandono. Ya se lo he dicho. ¡Qué bestias los hombres!

CAROLINA – ¡Has hecho muy bien! ¡Así se hace!

ALICIA – ¡Claro! ¿¡Acaso somos todas deficientes, no!?

CAROLINA – ¡Tienes razón! Ah, ya está aquí, ya ha llegado. ¡No te gires! Haz como si no pasara nada.

DOÑA JUANA – *(entrando)* Hay gente que hace de sus vidas un cotilleo, otras que hacen del cotilleo su razón de vida. *(ríe)* ¡Hay siempre un buen perfume en este salón, amigas mías!

CAROLINA – Usted es siempre muy géntil, Doña Juana.

DOÑA JUANA – Digo solo lo que pienso. Y solo Dios sabe cuánto amo decir mentiras.

ALICIA – ¡Eh, Dios sabe todo!

DOÑA JUANA – Y menos mal que lo sabe solo él. *(ríe maliciosamente)*

ALICIA – *(intentando parecer tranquila)* ¿Qué quiere decir usted? ¿Tiene algún segreto inconfesable?

DOÑA JUANA – ¿Y quién no los tiene? De todos modos, nada, en este caso decía así por decir.

ALICIA – ¡Ah!

DOÑA JUANA – Entonces, ¿estáis listas? Tenemos mucho que hacer. He organizado un baile en máscara y quiero que mis cabellos sean maravillosos.

CAROLINA – Verá qué rizos le haré, Doña Juana. Qué color luminoso he preparado para usted.

DOÑA JUANA – ¡Comencemos entonces!

CAROLINA – Vuestros cabellos son así suaves. ¿Qué usa, el bálsamo de los santos?

DOÑA JUANA – Oh, me lo trajo mi esposo desde un viaje en Oriente. Si queréis os dejo probarlo. Mejor, hagamos de esta manera. Pasen por mi casa la semana próxima, si podéis, así aprovechamos también y me hacéis un buen masaje por todo el cuerpo. ¿Qué pensáis?

CAROLINA – Está bien, Doña Juana. Luego establecemos la cita.

DOÑA JUANA – ¡Perfecto! No veo la hora de sentir vuestras manos sobre mi espalda, tengo los músculos muy contraídos últimamente...

CAROLINA – Le haré relajarse como nunca antes.

DOÑA JUANA – Lo espero, Carolina. De hecho, lo necesito malditamente.

ALICIA – *(a voz baja)* Te lo haría yo un masaje, con una bonita herramienta...

DOÑA JUANA – ¿Qué dices, Alicia?

ALICIA – Ah nada. Decía que podría venir yo a practicarle el masaje, si Carolina no tuviera tiempo.

DOÑA JUANA – ¡Magnífico! ¿Sabes qué es una muy buena idea? ¡Ven tú, vamos! ¡ Aún más, debes, me interesa mucho! Soy muy curiosa de poner a prueba tus capacidades.

ALICIA – *(avergonzada y sorprendida)* ¿Está segura? Había dicho así nada más. Carolina es mucho más capaz y experta que yo.

DOÑA JUANA – Alicia ya está establecido. Vendrás tú, si no te molesta, claramente. Hacemos el jueves por la tarde, ¿qué dices?

ALICIA – Está bien, Doña Juaña. Llegaré por las siete. Pero...

DOÑA JUANA – ¡Ningún pero! Está todo listo. Te haré encontrar todo lo necesario y haremos una cosa bien hecha.

ALICIA – ¡Perfecto, entonces, hasta el jueves!

DOÑA JUANA – ¡Esto me complace! Bien ahora pensemos al pelo. Carolina, quisiera cambiar color. ¿Qué me decías, antes, que habías preparado una tintura para mí? ¿Cómo es, clara u oscura? ¿Cuál crees que me esté mejor?

CAROLINA - *(ríe)*. Bien, voy a ser sincera, y lo digo también contra mi interés, a veces hay que volver al propio color natural. Usted tiene un castaño básico muy hermoso, que me da siempre lastima cubrirlo con otros colores, aunque si para usted usamos los mejores y todos les quedan muy bien...

DOÑA JUANA – ¡A lo mejor debería! Tienes razón, pero es siempre difícil mostrar al mundo el verdadero color de nuestro pelo, ¿no te parece?

CAROLINA – Esto también es verdad. También porque la grama crece enseguida entre la hierba, lamentablemente...

DOÑA JUANA – Veo que nos entendemos muy bien, mi dulzura. *(le tira una mirada provocadora)*

CAROLINA – No seríamos mujeres, si fuera lo contrario.

DOÑA JUANA – ¿Y las somos? *(ríe de gusto)*

CAROLINA – ¿Por qué? ¿Y qué somos?

DOÑA JUANA – A veces me parece que hay demasiada confusión entre los géneros...

ALICIA – (*que se había distraído mientras escuchaba furtivamente)* Bien, lo sabía, he quemado la plancha… ¡No me sale una bien!

DOÑA JUANA – *(irónicamente)* Bien, en esto seguramente somos mujeres.

Escena II

Doña Juana, Dario

*(en el salón de Don Rogelio y de Doña Juana)*

DOÑA JUANA – Ha caído facilmente en mi red. No veo la hora de dejar desnuda su gracia. Ni menos imagina lo que le espera. Alicia está convencida que yo sea interesada a ese tipo patético que se lleva detrás... y en vez... debería ser él a preocuparse...

DARIO – Señora mía, no creo que en ningún modo Alicia sea interesada a dichas efusiones. Está obsesionada por su esposo y esto querrá decir algo.

DOÑA JUANA – Sí, quiere decir que ella es celosa de lo que hace su esposo y que en realidad ella querría hacer.

DARIO – ¿Ponerle los cuernos, dice?

DOÑA JUANA – ¡No, persuadir las mujeres cómo solo el hombre sabe hacer! Usando el arnés.

DARIO – ¿Dice qué es lesbiana?

DOÑA JUANA – Esa es una que quisiera ser uno. ¡*Un hombre sin nombre! (ríe)* El sexo es algo diferente del género: se puede ser hombre por dentro y mujer por fuera, o al revés.

DARIO – Virgen santa, usted me da miedo. Una mujer no puede ser diferente de lo que parece.

DOÑA JUANA – Solo porque no imaginas ni menos cuantas existen, de hombrecitas como ella. Así como existen también muchos ellos que quisieran ser ellas...

DARIO – ¡Basta, señora, no quiero saber más! Me dan miedo las imágenes que logra encender en mi cabeza cuando dice estas cosas. ¿Pero por qué piensa a todo esto? El mundo del cual usted habla casi no existe, y más que nada existe solo en vuestra fantasía. Yo le aconsejaría de dejar correr. No quiero que se dañé el alma de esta manera.

DOÑA JUANA – Sí, Dario, dejemos correr. Ahora, cárgate de santa paciencia y ve a avisar a Brunella que sábado se hará la fiesta. Nunca hay que perder tiempo, al hierro caliente, batir de repente. Y yo me siento como un volcán, siento el infierno arderme dentro y quemarme un poco a la vez mi carne pálida.

DARIO – Corro a avisar Brunella. *(sale)*

DOÑA JUANA – *(hablando a sí misma)* Sí, comunícaselo. Dile que el diablo pronto le hará visita. Que se tomará su cuerpo y su alma. Tanto, antes o después, llega siempre el momento en el que nos damos cuenta de ser nada, por cierto. ¿Qué es el hombre ante el universo, frente a la infinidad del tiempo? ¿Para qué sirve todo lo que hacemos, si quedamos recluidos en este puntito de polvo que es el mundo? Somos menos que polvo, sin embargo nos ilusionamos que nuestra vida sirva para algo de importante, que tenga un propósito, una finalidad. No, la única finalidad es el final, que sigue tras una hora de tormento en una tierra desolada, en poder de las dudas más atroces, jamás apagados verdaderamente por lo que tenemos. Listos a todo por un instante de placer. Asustados porque, después de lo que llamamos vida, nuestros esqueletos no existan más, que no exista más el pensamiento en el cráneo a tormentarnos. La vida no es nada más que un río destinado a secarse, un manantial mantenido próspero durante algunos años por la lluvia que cae desde nuestros mismos ojos.

Escena III

Brunella, Dario

*(mientras Dario se dirige a visitar Brunella para invitarla al baile, los dos se encuentran por la calle)*

DARIO – Qué feliz de verle, señora Brunella. Venía justo para invitarle a una fiesta que se hará en casa de Doña Juana.

BRUNELLA – ¿Una fiesta? ¿Qué fiesta? Ha pasado mucho tiempo desde la última jornada de verdad sin pensamientos. ¡La idea no me molesta!

DARIO – Serà un baile en máscara. Doña Juana me ha pedido de venir a invitarle personalmente.

BRUNELLA – ¿Ah sí, de verdad? ¿Y para cuándo?

DARIO – Para el próximo sábado. Deberá llegar disfrazada y sin móvil. Es la regla de la noche. Una vuelta a la antigüedad. Usted sabe como es Doña Juana, le gustan estas cosas curiosas. No será un grande éxito, según yo.

BRUNELLA – ¡Espero lo contrario! De todos modos vendré con mucho placer. Diga a Doña Juana que no faltaré. ¿Puedo llevar también mi marido?

DARIO – Haga lo que prefiera. No hay ninguna prohibición en este sentido.

BRUNELLA – No es que a él le gusten mucho estos encuentros mundanos, al decir la verdad. Tal vez es mejor que venga sola. De todos modos, se lo pediré. O a lo mejor no. Veremos.

DARIO – Gracias, entonces. Nos vemos el sábado, con o sin marido. Si quiere un consejo, venga también con el candelabro.

BRUNELLA – ¿Cómo dice, perdone?

DARIO – Ehmehm, quería decir, con ese hermoso hombre de vuestro marido.

BRUNELLA – Ah, entiendo, sí, creo que vendrá. *(sonríe)* Hasta pronto entonces.

DARIO – ¡Hasta luego! Ah, señora Brunella, tengo que decirle algo más, que no puedo ocultar más, pero debe prometerme que nunca hablará de esto con alguien. ¿Me lo jura?

BRUNELLA – *(con curiosidad)* Sí, claro… Dígame, he prometido, figuremosnos. ¿Qué ha ocurrido?

DARIO – Concierne Doña Juana. Yo debo decirle de... *(vacila un momento)* poner cuidado con esa mujer.

BRUNELLA – ¿Por qué?

DARIO – ¡Es el demonio! Suele disimular ser un ángel, sin embargo tiene siempre dobles objetivos. Su corazón es oscuro y tenebroso como el de un Sardanápalo, y todo lo que ella toca lo destruye. No siente amor por ninguno al mundo, a lo mejor ni menos por ella misma. Parece que quiere aniquilar cada cosa, y no tiene nunca remordimientos. Créame, Brunella, Doña Juana es... ¡el Anticristo!

BRUNELLA – ¿Pero qué cosa está diciendo? Me parece que usted está exagerando de verdad, querido Dario. ¿Cómo puede hablar de esta manera de quién le da de comer desde tantos años, y además en su misma casa? ¡Usted es un verdadero hipócrita! ¿O Ud. está ciego por una especie de invidia, de celosía?...

DARIO – Lo sé, que no está bien. ¿Pero es la verdad? Y a lo mejor usted no tendría que juzgar mucho el hipócrita, ¡sino el que se calla frente al hipocrisía! Yo me iría lejos si solo pudiera separarme de todo esto. No es el dinero a pararme, no es el amor. Es una fuerza que no sé explicar, dulcísima y espantosa al mismo tiempo. Es una mujer de la cual uno no se puede liberar, aunque si no es persona para estimar y seguir. Queda en ella solo el deseo de sodisfacer sus propios instintos. Y para hacerlo está dispuesta a todo. Ya son decenas sus víctimas, mujeres y hombres, no hay distinción, sino aquella ligada a sus desfrenados antojos. No si maraville de lo que estoy diciendo, Brunella, mejor créame *(con tono dolorido)*. Está no es que la milésima parte de la realidad. Si le contará sus fechorías, ¡hulliría aterrorizada a toda prisa! Si fuera un pintor dibujaría en un cuadro su verdadero rostro, aquello que solamente yo parezco ver. ¿Se recuerda la historia de ese libertino que quedaba eternamente joven, mientras su retrato envejecía, y se hacía monstruoso como su alma? Bueno, a ella ocurre algo parecido.

BRUNELLA – *(que ha escuchado con expresión seria pero sin mostrarse particularmente turbada)* He entendido. Estaré atenta. Sin embargo, con mayor razón vendré a la fiesta. Tengo mucha curiosidad de descubrir que se esconde bajo los vestidos de Doña Juana. Una cosa es segura, Dario: en este mundo nunca te aprecian. Si eres tonto te umillarán, si eres sabio te odiarán, si eres hermoso te matarán, y a una mujer no se perdonan ni los méritos ni los defectos. Los hombres son ciegos de rabia por haber nacido monstruos, por no ser capaces de amarse y hacerse amar. Usted dice que está es la verdad. ¡Yo temo en vez que la verdad sea solo una grande mentira!

DARIO – Como quiera. Yo tengo miedo por usted, porque sé que en un corazón puro un malvado hace mucho más daño que una granizada en una viña. De todos modos haga lo que crea, pero no me diga después que no le había advertida.

BRUNELLA – ¡No lo comentaré!

Escena IV

Doña Juana, Alicia, Dario

*(tocan a la puerta)*

DARIO – Voy a abrir, tendría que ser Alicia.

DOÑA JUANA – *(a sí misma)* Otra presa en mi trampa. Guardaré las escenas más bellas de esta tarde en el cuarto de los recuerdos, como provisión para los días de vacas flacas.

ALICIA – *(entrando)* ¿Con permiso? Buenas tardes. ¿Está en casa Doña Juana?

DARIO – Te espera.

DOÑA JUANA – *(entra en el sal*ó*n de entrada).* Has llegado, querida. ¿Cómo estás?

ALICIA – Jamás he estado mejor, Doña Juana. Estoy lista para hacerle el masaje.

DOÑA JUANA – No pido que esto.

DARIO *(un poco celoso)* Si le sirve una mano, para lo que quiera, no dude en llamarme. *(sale)*

DOÑA JUANA – No creo que tú puedas ser útil, Dario, pero te tendremos presente.

ALICIA – ¿Entonces qué se hace, comenzamos?

DOÑA JUANA – Cómo eres impaciente, Alicia. *(indica con un vago gesto de la mano una bandeja y algunas tazas ya listas sobre una mesita)* Antes permiteme de ofrecerte unos bizcochos y una tisana vigorizante de agujas de pino silvestre, te dará energía.

ALICIA – Gracias, acepto con placer. *(Toma un bizcocho. Las dos se sientan al lado de la mesita)*

DOÑA JUANA – ¿Entonces qué tipo de aceite has traído para mí? ¿Lograrás aliviar los ardores de mi piel, qué se inflama incluso con las caricias del viento de primavera? ¿O encenderás la frialdad de mi corazón, qué solo las manos más virtuosas logran hacer latir con la emoción de un tiempo?

ALICIA – *(un poco encantada por las palabras de Doña Juana)* Le he traído un aceite que no tiene iguales. Se llama Suspiro, emite un calor sin fin y tiene un perfume de flores salvajes que aturdice los sentidos.

DOÑA JUANA – ¡Qué maravilla! ¿Cómo te parecen estos bizcochos? Vienen de Holanda y parece que tengan propiedades extraordinarias.

ALICIA – Esta es entonces la sensación de ligero relajamiento...

DOÑA JUANA – Puede ser, tienen más o menos este efecto.

ALICIA – *(después de un momento de silencio en el que parece como absorta)* Me pasan imágines extrañas por la cabeza. No me asustan, más bien, son imágines que parece estén allí desde siempre, pero solo ahora han decidido de mostrarse. Qué curiosa situación. Gracias por haberme ofrecido estos bizcochos prodigiosos. Jamás he provado nada de así excitante en toda mi vida.

DOÑA JUANA – A veces no quisieramos que nuestros deseos se muestren a nuestros ojos. Pero has dicho bien. Están allí esperando. Esperan solo que bajemos por un momento la guardia para ponerse todos en exhibición, a desfilar ante nosotras, persiguiendo nuestra sangre como niños felices. Los deseos son lo más bello y peligroso que poseemos.

ALICIA – ¿Le molesta que tome otro bizcocho?

DOÑA JUANA – Pues sírvete, Alicia. Yo entre tanto voy a tenderme sobre mi cama. Te espero allá. Trae todo lo necesario.

ALICIA – Bien, póngase cómoda señora. Llego enseguida.

Escena V

Dario, Doña Juana

DARIO – ¿Cómo le ha ido?

DOÑA JUANA – ¿Cómo quieres que me haya ido? He acabado poniéndole por casualidad una mano entre las piernas y se ha desvestido enseguida...

DARIO – ¡Diablas de mujeres!

DOÑA JUANA – La mujer no piensa con el corazón, querido Dario, sino con la emoción.

DARIO – Nosotros en vez pensamos con el...

DOÑA JUANA – No seas vulgar.

DARIO – Quería decir que nosotros los hombres en vez lo usamos, el corazón...

DOÑA JUANA – Claro, estáis detrás de su latido para imaginar que no perdéis el tiempo.

DARIO – ¿En serio ha sido así fácil?

DOÑA JUANA – Ha creído que le había ofrecido unos bizcochos drogados y enseguida se ha dejado llevar. Cuando se ha ido me ha dicho que esos bizcochos habían sido una hechicería. En vez ha comido unos simples bizcochos de miel. Sin embargo, tener algo o alguien a quien dar la culpa es siempre cómodo, cuando un cambio desconcertante entra con fuerza en nuestra vida. Ha mostrado quien es, por una vez. Pero nunca conseguirá lo que quiere verdaderamente. Alicia está demasiado ligada a las convenciones de su pequeño mundo, o tal vez: quizás está experiencia le ha abierto un nuevo camino. Puede ser que un día me agradezca. Por ahora solo sé que me pensará noche y día, que le estoy dentro como ningún hombre le ha estado nunca. Podría llamarla entre dos días y volvería con sus esencias perfumadas a masajearme bien, aunque si ahora cree de odiarme porque he derribado sus mínimas certezas. Te lo había dicho que tenía estos deseos. ¿Qué dices, alguna vez se equivoca Doña Juana?

DARIO – ¡Señora, sin embargo usted actuando de esta manera arruina la gente! Esa pobrecita tiene un esposo. ¿No cree que le haya hecho daño? Almenos hasta hoy tenía sus certezas, aunque eran mínimas.

DOÑA JUANA – Sus ilusiones, quieres decir. Certezas basadas sobre mentiras profundas, que generan en ella frustación e inquietud. Mentiras acumuladas dentro sí misma desde la adolescencia. ¿Te parece qué una persona pueda ser feliz, así? La felicidad, Dario, va buscada, construida, ninguno puede ser feliz sin luchar. La encuentras al final de un percurso de crescimiento, y todos pueden lograrla, sin importar el punto desde el cual se comienza. Un campesino, un obrero, un príncipe, el hijo del comerciante más rico, todos tienen que cumplir ese percurso, si quieren esperar un día ser felices, almenos lo tanto que nos permite este mundo distorsionado y loco. Aquí la única cosa que vale es como ser coerentes con nuestra incoerencia. Mi reto es a la poesía, a la filosofía, a la historia, a Dios. Sé que no podré nunca vencer, pero también que no podré nunca perder.

DARIO – Yo sé solo que a veces, para algunas personas, es mejor quedarse en sus ilusiones en vez de comprender la que usted llama verdad: ciertos descubrimientos, de sí mismos o del mundo, pueden alejarnos de todo y todos.

DOÑA JUANA – Quizás no tengas razón, estúpido de un mayordomo.

DARIO – Siempre gentil, señora mía.

DOÑA JUANA – Lo sabes que me gusta bromear.

DARIO – Yo sé solo que a veces no le entiendo.

DOÑA JUANA – ¿Y te sorprende? No nos entendemos a nosotros mismos, ¿cómo piensas de poder comprender los demás?

DARIO – Voy a preparar la cena, que es mejor.

DOÑA JUANA – Muy bien, hazme dos huevos batidos con el marsala.

ACTO III

Escena I

Doña Juana, Josefina, Dario, Arturo, Brunella

*(casa de Doña Juana, fiesta en máscara)*

ARTURO – Qué pinturas extraordinarias. ¿Crees qué sean originales?

BRUNELLA – Creo propio que sí, esposito bello. Esta es gente rica.

ARTURO – No obstante no se comprende bien de donde venga fuera todo este dinero. Según yo, el marido de Doña Juana está involucrado en algún sucio negocio que ninguno conoce. Está siempre de viaje, y nunca se ha entendido que trabajo haga verdaderamente.

BRUNELLA – Está llegando gente, pongámonos las máscaras. Ése allá parece Ignacio Riva, por como se mueve. ¿Pues, crees que estén así las cosas? No lo había pensado nunca.

ARTURO – Sí, pero ahora cállate, que está entrando la señora.

DOÑA JUANA – *(acercándose a Arturo y Brunella con un abanico entre las manos)*. Aquí estáis. ¡Os he reconocido, mascaritas! Estoy feliz de veros. Sois una pareja deliciosa. Son así raras las parejas unidas y respetables, hoy en día.

ARTURO – Mil gracias, Doña Juana. Usted es muy gentil.

BRUNELLA – Sí, verdaderamente gentil.

DOÑA JUANA – Vayan a sentarse en vuestra mesa, os ruego.

BRUNELLA – Con placer.

DOÑA JUANA – Sentaos aquí, el uno frente al otro. *(indica unos puestos libres en una mesa redonda. Pone vino a los tres y después se sienta)*

ARTURO – Antes miraba vuestros cuadros, Doña Juana. Me pedía, perdone la pregunta, si fueran auténticos.

DOÑA JUANA –Oh no, son falsos como el amor, ilusiones como la pasión.

BRUNELLA – ¡Qué definición tan elegante! *(sonríe divertida)*

ARTURO – Yo non creo que el amor sea una falsidad jamás. El amor es un sentimiento importante, para nosotros los seres humanos.

DOÑA JUANA – El amor, querido Arturo, no es un sentimiento único, sino plúrimo. ¡Es el mar de los sentimientos, los contiene todos!

BRUNELLA – *(a sí misma)* Cuánta profundidad de espíritu hay en estas palabras.

ARTURO – De todos modos, no hay nada de falso en el amor, ¡esto es cierto! Almenos no en un amor genuino como el nuestro. *(mira Brunella sonriéndole)*

DOÑA JUANA – No te enojes, querido Arturo. El amor, después de todo, cada uno lo ve como quiere. Yo, por ejemplo, lo veo como un torrente agitado que golpea una roca intentando de penetrarla, y que no para hasta que no la haya alisada, abierta, atravesada. *(apoya delicadamente una mano sobre una pierna de Brunella)*

BRUNELLA – *(capturada por un sentido de repentina excitación)* Sí, el amor tiene mil tonalidades y a lo mejor no tendría que ser definido.

ARTURO – ¡Estoy de acuerdo, cariño!

DOÑA JUANA – *(llevando la mano hacia la ingle de Brunella)* Sí, mejor no definirlo. Sin embargo, si tuviera que hacerse, podríamos decir que el amor es el punto de conjunción entre el infierno y el paraíso. *(le toca en las partes más íntimas)*

BRUNELLA – *(llevándose a los labios temblantes un pedacito de tarta)* Amo vuesta manera de hablar de amor.

ARTURO – *(poniéndose de pie visiblemente irritado, aunque si no se ha dado cuenta de las atenciones que Doña Juana da a su esposa)* Las mujeres, siempre listas a hacer coalición en los discursos. Es una de las pocas cosas de vosotras que encuentro verdaderamente fastidiosa.

BRUNELLA – ¿Querido, te has vuelto loco?

ARTURO – ¡Sí, me he vuelto loco! Más aún, ¿sabes qué te digo? Que regreso a casa. Tú quédate, si quieres. Yo estoy cansado y no querría arriesgar de decir otras tonterías. Perdóneme, Doña Juana.

DOÑA JUANA – No te preocupes, Arturo. Comprendo muy bien. Nosotras las mujeres a veces somos verdaderamente demasiado complices.

BRUNELLA – ¡Querido, no te vayas, quédate, te ruego!

ARTURO – ¡No, no de verdad! Me voy. Tú quédate. Yo voy a descansar, ha sido una semana fatigosa.

BRUNELLA – A lo mejor debería irme también yo...

DOÑA JUANA – Haz como prefieras, querida Brunella.

BRUNELLA – Arturo, ¿estás seguro que no te molesta si me quedo todavía otro poco?

ARTURO – Claro que no, mi querida. Nos vemos mañana por la mañana. Yo entre veinte minutos ya estaré entre los brazos de Morfeo.

BRUNELLA – Vale, tesoro. Hasta más tarde, entonces.

ARTURO – Nos vemos, Doña Juana. Y me perdone por el desagrado. Nunca tomo vino y creo que me haya ido a la cabeza.

DOÑA JUANA – ¡No hay problema! No te sientas incómodo, Arturo, no ha pasado nada.

ARTURO – ¡Buenas noches!

BRUNELLA – ¡Buenas noches amor!

DOÑA JUANA – ¡Buenas noches!

BRUNELLA – *(mirando salir el marido)* Se ha ido. Mi marido tiene un temperamento así poco sociable...

DOÑA JUANA – ¿Otro poco de vino?

BRUNELLA – No creo que podría... Tengo un poco de vergüenza.

DOÑA JUANA – Saborea esto, e intenta solo de relajarte. *(le ofrece de nuevo una copa y le pone de nuevo una mano entre las piernas, Brunella, no parece avergonzada)*

BRUNELLA –¿Y... si nos fuéramos en tu cama?

DOÑA JUANA – Te haré un masaje relajante...

BRUNELLA – ¡Sí, justo lo qué necesito!

Escena II

Dario, Doña Juana

*(casa de Doña Juana)*

DARIO – Señora mía, ¿usted se ha vuelto loca? Brunella se ha ido al amanecer. ¿Y si el marido sospechara algo? Usted así corre el riesgo de tener líos.

DOÑA JUANA – *(entusiasmada)* ¡Qué mujer! Ha sido la noche más calurosa de los últimos años. Estoy tan excitada todavía que podría pensar también en ti...

DARIO – (*irónicamente)* ¿Por qué me atormenta?

DOÑA JUANA – *(ríe)* Me haces reir de ganas, Dariecito querido.

DARIO – A mí en vez me vienen ganas solo de llorar. De todos modos, feliz por usted...

DOÑA JUANA – Voy a descansar en mi cuarto. Si viene Concettina dile de llevar las alfombras en la lavandería.

DARIO – Vale, señora, qué descanse.

DOÑA JUANA – Gracias, hasta luego.

DARIO – Hasta luego.

Escena III

Brunella, Arturo

*(casa de Arturo y Brunella)*

BRUNELLA – *(con cara larga)* Hola.

ARTURO – Buen regreso. ¿Qué tienes? Te veo apagada.

BRUNELLA – Nada. Estoy un poco cansada.

ARTURO – Lo creo, son las siete de la mañana. ¿Cómo es posible que se hayan quedado

a bailar hasta esta hora?

BRUNELLA – En verdad me ha llegado sueño y me he apoyada un poco en la cama.

ARTURO – Entiendo. Has hecho bien.

BRUNELLA – Arturo, ¿tú me amas?

ARTURO – Cierto que te amo. ¿Por qué me lo preguntas?

BRUNELLA – Así, quería pedírtelo.

ARTURO – Descansa, anda, vedrás que después te sientes mucho mejor. Debes estar

todavía un poco borracha.

BRUNELLA – En efecto sí, me siento aturdida.

ARTURO – ¿Pero cuánto has bebido?

BRUNELLA – No sé, no sé. *(se pone las manos en los cabellos)*

ARTURO – Maldito yo y cuando he aceptado que fuéramos a esa fiesta.

BRUNELLA – Tienes razón, querido. Habría sido mejor no ir.

ARTURO – Esa mujer me parece así ambigua. No logro decifrarla. No por lo qué dice, sino por cómo lo dice. Lograría encantar hasta el diablo.

BRUNELLA – Yo duermo, amor. Hasta luego. Cierra las cortinas, por favor. Quiero

quedarme a oscuras.

ARTURO – Comprendo, cariño mio. Reencontrarás las fuerzas.

Escena IV

Doña Juana, Arturo, Dario

*(casa de Don Rogelio y de Doña Juana)*

ARTURO – Buenas tardes, Doña Juana. Le tengo que hablar.

DOÑA JUANA – Dime, Arturo, ¿qué sucede?

ARTURO – Son tres días que Brunella no es más la misma y no entiendo que le haya sucedido. Desde cuando ha venido aquí no está más en ella. Se ha apagado como una vela bajo la lluvia.

DOÑA JUANA – Lo siento mucho, sin embargo creo que el problema tenga en realidad otras raíces, más lejanas.

ARTURO – ¿Qué quiere decir?

DOÑA JUANA – Quiero decir que Brunella no te ama, querido Arturo. No porque ella ame otro, sino porque quiere estar sola. La otra noche se ha abierto conmigo y me ha confesado todo, y creo que fuera la primera vez que hablaba de esto con alguien. Luego, quizás, se haya sentido culpable. De repente se ha oscurecido y me ha pedido si podía ponerse en mi lecho.

ARTURO – *(con aire asustado)* ¿Qué está diciendo?

DOÑA JUANA – Lo siento, es así. ¿Recuerdas qué charlabamos de lo que fuera el amor? Después que te has ido, Brunella ha comenzado a hablar de sí misma, de vosotros, porque, son palabras suyas, cree que soy una persona que pueda comprender. Me ha dicho que el amor por ti ha sido toda una falsidad. De haberse dado cuenta, ya desde un poco de tiempo, de no amarte más. Quiere el divorcio, sin embargo está muy preocupada por ti.

ARTURO – ¿Preocupada por mí? Pero, si esto es lo que quiere, que haga como prefiere. Cierto no seré yo a empedírselo. ¡Qué se vaya al diablo! ¡Y qué su alma sea maldita más que la mía! Perdone, Doña Juana, me voy, hasta luego.

DOÑA JUANA – Hasta luego. ¡Ah... Arturo! *(le llama. Saliendo por la puerta, Arturo se gira hacia Doña Juana, tropeza en una alfombra y cae por las escaleras)*

DOÑA JUANA – ¡Se ha tropezado! ¡Dario, Dario, corre por acá!

DARIO – *(asustado)* Virgen santa, ¿qué ha ocurrido?

DOÑA JUANA – Arturo se ha caído por las escaleras, ¡corre a ver qué se ha hecho!

DARIO – *(sale por la puerta, rumor de pasos largo las escaleras y desde allá llega su voz)* Oh Jesús mío, Doña Juana, ¡el señor Arturo ha muerto! ¡el señor Arturo ha muerto!

DOÑA JUANA – *(a sí misma)* Bueno, pues tenía que morir, antes o después.

Escena V

Dario, Doña Juana

*(por la calle, de regreso del funeral de Arturo)*

DARIO – Este funeral ha sido un suplicio.

DOÑA JUANA – Paciencia, Dario, solo un tonto podía morir de esta manera. Y entonces qué se vaya al infierno. No ha sabido tenerse ni la esposa ni la piel. Cabra desalmada. Un ser inútil, como todos los hombres.

DARIO – Señora, ¿pero qué dice?

DOÑA JUANA – Digo que podía poner un poco más de atención, en todo lo que hacía, y en vez... Solo ardor y furia.

DARIO – ¡Y déjelo descansar en paz, tenga piedad almenos por los muertos!

DOÑA JUANA – Ah no, ahora no me aflijas con la piedad. Más bien, ¿sabes qué te digo? Ve al cementerio, que a tú Arturo todavía no lo han enterrado, lo encuentras en la morgue: dile que lo espero a cena el domingo por la noche, lo quiero en mi casa, ¡debes decírselo en la cara qué es un cretino! ¡Adelante, corre!

DARIO – ¿Pero qué dice, Doña Juana? ¿Se siente bien?

DOÑA JUANA – Si no quieres ir al camposanto, repite ahora mismo, aquí, a voz alta lo que te he dicho. No estoy bromeando. Repite lo que he dicho. Bien, has como si esa estatua fuera el cuerpo de Arturo...

DARIO – ¿Dice en serio?

DOÑA JUANA – ¡Dilo ahora o te despido al instante!

DARIO – *(dirigiéndose a la estatua con una sonrisa espantada)* Distinguido Don Arturo, ¿quisiera, por favor, venir a cenar el domingo a nuestra casa? *(acabadas estas palabras, se escucha la voz de Arturo fuera de campo que dice: ¡Vendré! ¡Claro qué vendré!)*

DARIO – ¿Ha escuchado?

DOÑA JUANA – ¿Qué cosa?

DARIO – ¿Cómo, qué cosa? ¡Esa voz! *(se hace el signo de la cruz)*

DOÑA JUANA – ¿Pero qué voz? Estás comenzando a perder la cabeza.

DARIO – Quiera Dios que sea solo sugestión.

DOÑA JUANA – Hombre sin bolas. Cerremos este discurso, Dario. Tengo ganas de cosas nuevas y divertidas, no podemos llorar hasta siempre. Quiero emborracharme de vino tinto y comer salchichas asadas, leer poemas e historias lúgubres *(asaltada por un repentino estremecimiento de alegría)* Ánimo, vayámonos a casa. ¡La vida es una cosa maravillosa!

DARIO – *(a sí mismo)* Señor dame la fuerza, estar a su lado es imposible. Este diablo de mujer haría enloquecer también un santo.

DOÑA JUANA – Espera, espera, antes quiero ir a hacer una jugada al casino. *(tira una patada a una caravela de plástico abandonada por la calle)* Puede ser la ocasión para conocer gente interesante, por ejemplo un hombre abundantemente rico de espíritu y de rublos que me haga enloquecer de palabras y olvidar las fealdades de la vida. Yo quisiera un mundo diferente, Dario, un mundo lleno de gente intrigante y cautivadora. La cosa peor para mí es el aburrimiento, en el cual ahogo día tras día, como si fuera un hoyo negro en el cual podría fatalmente caer. Sentirme viva me desconcierta mucho más de la conciencia de tener que morir. Ninguno comprenderá nunca las ganas de vivir que tengo dentro. Pero adelante, saca el dinero. Lancémonos a la ruleta.

DARIO – Pero yo no tengo un duro, señora mía, no sé ni menos si llego al final del mes.

DOÑA JUANA – ¡Saca del bolsillo lo que tienes, vamos!

DARIO – *(asustado)* Pero... ¿está segura?

DOÑA JUANA – Segurísima, ¡canalla!

DARIO – Vale. ¡Qué Dios nos ayude!

DOÑA JUANA – ¿Aún qué nominas el nombre de Dios? Y déjalo estar, que tanto aquí si no nos ayudamos entre nosotros no nos ayuda ninguno. ¿Lo quieres entender que no existe ningún Dios? Una vez que habremos perdido el pellejo, de nosotros no quedarà que el recuerdo. Y cuándo desapareceran aquellos que se recuerdan de nosotros, llegará el vacio. ¡Si existiera un Dios en los cielos lo veríamos! Aunque, me doy cuenta, que pensar que Dios exista, en ciertos casos, puede hacernos estar mejor.

DARIO – No, Doña Juana, sobre estas cosas usted lo sabe, tengo mis convinciones. Dios existe, pero tengo que decir que para haber creado el hombre de esta manera, debe ser sin duda un pésimo jugador de azar.

DOÑA JUANA – Por fin dices algo de razonable. ¿Ves qué mi cercanía te hace bien? Cabra sifilítica.

DARIO – ¡Esperemos!

DOÑA JUANA – Dario, si maldices ahora tu Dios te daré el doble de lo que me has prestado.

DARIO – Doña Juana, ¿se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Me daría dinero solo por el gusto de sentirme imprecar?

DOÑA JUANA – ¿Cuál uso mejor del dinero si no para sacarse los caprichos?

DARIO – Usted està o loca o confundida, ¡qué Dios tenga piedad de usted!

DOÑA JUANA – ¡De ti la tendría sin duda, tu Dios misericordioso! Si yo fuera él escupiría sobre tus miserables súplicas.

Escena VI

Dario, Doña Juana, GB

*(en el salón de Don Ruggero y de Doña Juana)*

DOÑA JUANA – Querido GB, qué suerte haberle encontrado. Usted ha sido muy gentil en

haberme ayudado, cuando he perdido las pocas monedas que llevaba conmigo.

GB – Pero le parece, señora, es el mínimo. Gracias a usted por haberme permitido de ayudarle, y sobre todo gracias por haberme invitado a beber algo en vuestra casa.

DOÑA JUANA – Le pongo un poco de Porto. Es un vino así delicado y engañador. *(pone el vino en una copa y le hace caer de escondidas una pastilla de somnífero)*

GB – El Porto es un vino delicioso, así elegante.

DOÑA JUANA – ¡Dario, tú puedes ir a dormir! ¡Nos vemos mañana por las ocho!

DARIO *(encelosido)* Señora, pero yo tengo aún muchas cosas que hacer aquí.

DOÑA JUANA – ¡No te preocupes! Disfruta de tu reposo. Y recuérdate que el tiempo que te parece perder es siempre tiempo ganado. Toma esto *(le devuelve su dinero)* y duerme bien. Podrías soñar tu amor, el amor más grande es aquel que aparece de noche en los sueños. Qué lastima que sea del todo inútil perseguirlo, pero un sueño agradable alarga la vida.

DARIO – Vale, señora, hasta mañana. En efecto tengo ganas de abandonarme a un hermoso sueño, un sueño que no me dé miedo. Porque no si debería tener nunca miedo de los sueños, sino de quien no quiere dejarnos soñar. Buenas noches, Doña Juana. Buenas noches, señor.

DOÑA JUANA – *(irónicamente)* ¿Estás leyendo algún drama?

DARIO – ¡No, lo estoy escribiendo!

DOÑA JUANA – *(sorprendida)* ¿Dices de verdad?

DARIO – ¡No! *(sonríe)* ¡Buenas noches!

DOÑA JUANA – ¡Buenas noches! *(se queda sola con GB)* Este hombre a veces me sorprende en bien. ¿Qué le esté dando vueltas el cerebro? ¡Esperemos! *(sonríe)*

Y ahora pensemos a nosotros... ¡Por fin solos! *(observa el invitado con mirada encantadora)*

GB – ¡No veía la hora!

DOÑA JUANA – Querido GB, debo confesarte que no me eres indiferente. No obstante tengo que reiterarte que soy una mujer casada. Lamentablemente solo después de la boda he entendido que si quieres ser feliz con quien amas, tienes que casarte solamente con el corazón. Aun con la misma sombra si celebra una unión desventurada, y por desgracia hasta siempre. Las pulsiones del sexo van fomentadas, sin embargo el amor y el sexo son dos cosas diferentes y solo algunas veces se llevan por la mano.

GB – También usted no me está en ninguna manera indiferente. Mi alma ha vibrado desde el momento que le he visto entrar en el casino. Tiene razón. Las únicas cadenas capaces de aniquilarnos son las del corazón. *(frena apenas un bostezo)*

DOÑA JUANA – *(meditabunda. A sí misma)* ¿El alma? ¿Y quién sabe algo del alma? No tenemos que el cuerpo. El alma es solo una invención, ¡polvo de cruz! (*dirigiéndose después a GB)* Estoy muy confundida, últimamente. Mi marido está siempre de viaje y tengo miedo que me traicione. Cuando vuelve encuentra siempre una excusa inverosímil para no estar conmigo... ¿Entiende? ¡Traicionar quién se ama es como traicionar a sí mismos! *(finge de llorar)* Pero es desde cuando era joven que hace así. Dice que todo el tiempo que pasa lejos de mí, él construye para nosotros. ¿Sin embargo a qué sirve entonces la juventud y la energía, si las perdemos en construir las consolaciones para una viejez que, si nos será concedida, será solo un pozo de reproches, de ocasiones perdidas? Deberíamos parar de llorar por cuanto no se ha hecho y probar a disfrutar de lo que estamos por hacer, aquí y ahora.

GB – Si usted fuera mía, no me movería de casa ni menos por un instante.

DOÑA JUANA – *(irónicamente)* ¡Oh, qué felicidad! Sin embargo es también cierto, querido GB, que la pareja perfecta es aquella que cuánto más uno está lejos del otro, tanto más se sienten cercanos.

GB – *(acercándose de repente a la mujer)* Doña Juana, usted me hace quemar el pecho.

DOÑA JUANA – Le ruego, no haga así. Aunque mi marido parezca no merecer mi devoción, yo respeto los vínculos. Estarle cerca no es fácil. Entre un hombre y una mujer puede existir una amistad solo si no hay reciproca atracción, y no me parece este el caso. Debo recordarme que estoy casada, esta noche. Piense que... *(se pone a llorar en modo desperado).*

GB – *(poniéndose serio)* ¿Qué cosa te molesta? Dime, te ruego. (*no logra tratener un bostezo)*

DOÑA JUANA – No, no, deja correr.

GB – Querida, ponme almenos al corriente de cosa te hace sufrir.

DOÑA JUANA – Es algo demasiado miserable.

GB – Te ruego de confiar en mi discreción, y en mi apoyo, si quisieras.

DOÑA JUANA – Algunos días atrás él me ha informado de haber perdido casa y tierras en la mesa de juego. Por esto he ido al casino, esta noche, y he perdido todo. Pero el destino me ha enviado a ti...

GB – *(aduladoramente)* Sí, un sexto sentido me decía que estaba por encontrar un tesoro.

DOÑA JUANA *(irónicamente)* También a mí... *(se pone a llorar de nuevo)*

GB – Ven aquí. *(le abraza)*

DOÑA JUANA – Para poder reobtener esta casa tendría necesidad de... *(le susurra algo en la oreja)*

GB – En efecto, es una cifra elevada.

DOÑA JUANA – Lo sé, es verdad. Pero tengo que hallarla. No puedo perder la casa, y sobre todo mi dignidad.

GB – *(luego de haberse parado un poco a pensar)* Cariño, he decidido. Te ofrezco un préstamo. Puedo permitírmelo, y obtendré el placer de verte aliviada por esta angustia.

DOÑA JUANA – ¿De verdad harías esto por mí? *(se seca un poco los ojos, luego recomienza a llorar cubriéndose la cara con las manos)* Pero... me siento...

GB – ¿Cómo te sientes? *(bosteza de nuevo)*

DOÑA JUANA – Me siento como si fuera una mujerzuela pensando que me des este dinero. Me conoces apenas...

GB – Querida mía, la verdadera mujerzuela es aquella que, y no en la esfera sexual, ¡jode el próximo por el puro placer de hacerle daño! Tú eres un ángel. *(le abraza. Después, entre un bostezo y otro, le firma un cheque y se lo ofrece)*

DOÑA JUANA – *(toma el cheque)* Eres un hombre verdaderamente excepcional, GB. Tú conoces muy bien el corazón de las mujeres, nuestra fragilidad, y eres generoso como un caballero de otros tiempos. ¿Cómo haré a resisitir a tu encanto, a este punto? No lo sé...

GB – *(iluminándosele el rostro)* Entonces ven entre estos brazos. Será una noche que no olvidarás. *(otro vistoso bostezo)*

DOÑA JUANA – Oh sí, GB *(se aprieta a él)* será nuestro segreto, solo nuestro. Ven, *(lo toma por mano, mientras él continua a bostezar)* vamos para allá.

ESCENA VII

Doña Juana, GB

*(dormitorio de Doña Juana)*

GB – *(despertándose envuelto entre las sábanas, con Doña Juana al lado)* ¡Ah, qué buena dormida!

DOÑA JUANA – Buenos días, cariño. Yo también he dormido muy bien. He estado en el paraíso, esta noche. Y tenías razón: no lo olvidaré. La verdad es que nunca hay que probar pentimiento por las propias elecciones, sino más bien de cómo vivimos las consecuencias de esas. Ya es día y es por la mañana que comienza el sueño. La realidad se aleja. Las sombras reaparecen puntuales al salir del sol.

GB – *(lusingado, aunque un poco perplejo. No recuerda, dado que no ha ocurrido, de haber hecho el amor con Doña Juana)* Lo hemos pasado bien, ¿es verdad?

DOÑA JUANA – ¡Maravillosamente! Creo de haberte dado la parte mejor de mí. Los vicios, las virtudes, las falsidades, el amor, el odio... Todo lo llevamos dentro. Depende de nosotros lo que queremos sacar para afuera.

GB – *(complacido)* Eh sí, ¡qué noche! Una mujer como tú haría olvidar al diablo de tener los cuernos.

DOÑA JUANA – No me digas nada, querido, pero tienes que irte. Entre breve ese chismoso de Dario comenzará a trabajar, y comprendes que una mujer de mi posición no puede hacerse encontrar con un amigo en casa a esta hora.

GB – ¡Claro, vida mía! ¡Tienes razón! Me voy enseguida. Un último beso. *(intenta besarla en los labios, sin embargo ella baja la cabeza y se hace besar en los cabellos)*

DOÑA JUANA – No me olvides, GB.

GB – ¡Jamás! Lo juro, por la noche y el día, por la luna y el mar, por...

DOÑA JUANA – *(interrumpiédole)* Sí sí, ¡lo juro yo también! ¡Pero ahora vete!

GB – ¡Adiós! *(sale con la ropa todavía entre las manos)*

DOÑA JUANA – *(a voz alta, con tono pasional)* Adiós, amante generoso... *(luego entre sí)* Adiós emérito imbécil sifilítico, y gracias por el dinero. ¡Necio! ¿Cómo pueden los hombres ser tan idiotas? Cómo pueden creer en cualquier cosa? Están convencidos de poseernos y en vez son solo torpes títeres en nuestras manos. Serían capaces de suicidarse por sacarnos una carcajada. Es el instinto que les engaña. Quisieran salvarnos y dominarnos al mismo tiempo. Y en vez no saben hacer ni una ni otra cosa, traicionados por sus propios músculos. Han creado una sociedad a propia misura que se les ha vuelto contra. Y, hoy en día, ¿qué hacen? Pasan la jornada a escribir mensajes patéticos por ordenadores y móviles a muchachas y mujeres que son mucho más rufianas, que eligen los mejores para llevárselos a la cama e ilusionan a los otros, quizás después de haberlos explotado por un rato. El mundo que querían se les ha volado de las manos, las mujeres han cambiado y esto genera dentro de ellos una tan ciega frustación que les empuja hacia reacciones siempre más extremas. El sexo enciende el espíritu y el cuerpo más de la poesía, y está en nuestras manos. El mundo está en nuestras manos. Para ustedes, queridos cretinos, no quedan más que ilusiones, sin embargo si es necesario saremos capaces de quitarles también ésas.

ACTO IV

Escena I

Brunella *(en su dormitorio)*

BRUNELLA *(tendida en la cama)* Cuándo crees que ha llegado el momento de poner fin a tu vida, oprimida por los sufrimientos, piensa que se puede resurgir antes que llegue la muerte. ¿Será verdad? Mi marido no existe más, no es más mío. ¿Lo ha sido alguna vez? Mi vida no me pertenece más. ¿Ha sido alguna vez mía? ¿Qué cosa es verdaderamente nuestro? ¿Son de verdad nuestras estas paredes, que nunca nos hablan o nos sonríen? ¿Y que nunca podrían seguirnos si decidieramos mudarnos? ¿Son nuestros los objetos que las habitan, que hemos comprado o robado y acumulado con avididad, para iludirnos de poseer algo? Objetos que jamás discuten ni se alegran con nosotros cuando estamos felices, y que no nos secan los ojos cuando se llenan de lágrimas. ¿Nos pertenece quizás el aire que respiramos? Que en un instante huye de nuestros pulmones, listo para ser respirado por otro, quizás por quién, sin conservar de nosotros ningún olor, ningún segreto interior, ninguna huella. ¿Son nuestros los cuerpos, que por un día o por una hora se han unido con nosotros y con el mundo? ¿O la carne, que curamos y cuidamos día tras día y que vemos miserablemente secarse y marchitar, sin poder oponer ni menos la mínima resistencia? Rico y pobre, los dos perderán la armadura, y el alma se quedará desnuda y friolenta, sola, con la esperanza de un cálido refugio por la eternidad. Por esto los fantasmas se adueñan de las casas, porque tienen frío. Tienen miedo del viento, que los arrojaría quizás donde, los haría enloquecer. Tienen necesidad de un lugar cubierto, seguro, donde poderse recrear un mínimo de consistencia, un pobre sentido de la realidad. Nos pertenecen solo los sueños, las imágines confusas de la noche, las voces que no distinguimos más. ¿Qué ha sido de todos los pueblos antiguos? ¿De la magnífica Roma y de las artes egipcias? ¿Dónde están Nerone y Cléopatra, Dante y Virgilio, Zutano y Perengano? ¿Dónde estará en este loco momento de angustia y miedo el alma de Arturo? El alma, sí el alma debe estar en algún lugar. Debe existir, por fuerza. A lo mejor está aquí, delante de mí, y me mira, y me reprocha de haberle traicionado. *(se levanta de la cama y se dirige hacia un interlocutor imaginario)* Oh, Arturo mío, ¡perdóname! Yo no sé como haya ocurrido todo esto, fue como algo que te atrae fatalmente hacia la luz *(se dirige al balcón)* y tú no puedes hacer nada. Quisieras, sí, convencerte que hay muchas cosas importantes por las cuales vivir: los valores, el puro sentimiento, la salvación del mundo, un césped florecido, o el ser madre, sin embargo nada triunfa sobre esa llama ardiente que te consuma hasta la muerte, o hasta la vida real. *(se deja caer desde el balcón)*

Escena II

Dario, Doña Juana

*(casa de Doña Juana)*

DARIO – *(entra afanoso)* ¡Señora, señora mía! Brunella, la pobre señora Brunella, ha muerto, se ha lanzado desde el balcón.

DOÑA JUANA – *(irónica)* ¿Otra caída? ¡Qué desconsuelo! Se muere veramente en modo banal... en estos días.

DARIO – *(horrorizado)* Qué cosa tremenda. ¿Pero cómo es posible? ¿Qué está sucediendo? La esposa que muere dos días después del marido...

DOÑA JUANA – *(con frialdad)* El círculo se cierra, y mal se cierra si mal ha sido abierto.

DARIO – Doña Juana, ¿pero por qué usted no logra probar piedad por nadie?

DOÑA JUANA – ¿Cómo se puede tener piedad por la muerte de los demás si no nos interesa nada de la nuestra?

DARIO – ¿Pero cómo pueden los eventos precipitar así, de repente? Me parece ayer que fui a invitarla para venir a la fiesta, ¿y ahora? No existe más, ni ella ni el marido. Yo me siento precipitar como en una maldición, señora mía. La muerte nos baila demasiado cerca, la desgracia cairá también sobre nosotros, ¡me lo siento, estoy seguro!

DOÑA JUANA – No digas tonterías. ¡El necio qué sabe callarse demuestra intelecto! Cada hombre, al fin, padece lo que se merece. Brunella si hubiera querido ser feliz no habría debido casarse nunca con un hombre que no amaba. Habría debido seguir sus propios instintos, que la llevaban en bien otra dirección. ¿Y ahora, queremos llorar por ella? Qué se vaya al infierno junto a su querido Arturo, no han sabido crearse otro vínculo en tierra si no ese falso e hipócrita, bendito por un cura también falso e hipócrita. Claro, buenos ellos – los curas, cuervillos lutuosos, siempre listos a hacer la moral a los demás a la luz del sol para después cometer las indecencias posibles en la oscuridad de las sagrestias. Si Dios ha entregado su palabra a los curas, es fácil explicarse porque el mundo rechaza de escucharle. La iglesia, Dario, la iglesia nos ha masacrado a todos. Nos ha negado las pulsiones y el amor, nos ha impuesto la mordaza de la castidad para que no siguieramos la libertad del corazón. Nos ha enseñado a odiarnos uno a otro y a pedir perdón de rodillas, que siempre se puede ser absuelto por cada pecado. ¿Te parece qué haya una religión más cómoda de esta? Hacen lo que quieren, y creen que a su Dios esté bien así. No poner en práctica ninguno de los comandamientos. No leen las escrituras. No siguen los enseñamientos y las amoniciones de este presunto padre de los cielos. ¡Cuánta incoerencia en estos creyentes!

DARIO – ¡Doña Juana, usted se ha vuelto loca!

DOÑA JUANA – Sí, soy loca. ¡Y tú eres un tonto! ¡Y a mí me asusta más un cretino que un loco! Debes saber que hay más sabiduría en la irracionalidad de mil locos que en el discurso de un torpe. Y después, recuérdate, una persona inteligente a veces puede decir tonterías, pero un necio no dirá nunca algo de inteligente.

DARIO – ¡Si lo dice usted! Yo creo que ni menos el mejor hombre, en este mundo, sea libre de pecado, así como el peor no es completamente sin virtud.

DOÑA JUANA – *(a sí misma)* Locura... ¿Y quién es normal? ¿Cuál es el concepto de normalidad? En el mundo, los únicos que no temen la muerte son los locos y los niños, y esta es la verdadera sabiduría, que desgraciadamente se pierde creciendo, o sanando.

Escena III

Doña Juana, Espectro, Dario

*(en casa de Don Rogelio y de Doña Juana)*

DOÑA JUANA – ¿Qué hambre, Dario, has cocinado algo de bueno?

DARIO – (secándose las manos con un estropajo) Cazuela de bacalao y sopa de lentejas.

DOÑA JUANA – Quiero llenarme la barriga hasta reventar.

DARIO –¡Está servido, señora! Ya está todo listo. *(mientras Doña Juana toma puesto en la mesa, se escucha tocar el timbre)*

DARIO – Han tocado. Voy a ver quien es.

DOÑA JUANA – Quienquiera que sea, no recibo a nadie. Tengo hambre y no tengo ganas de compañía.

DARIO – *(abriendo la puerta)* Buenas noches.

ESPECTRO – *(con la voz de Arturo)* Buenas noches. Soy el huésped de honor.

DARIO – *(enmudecido, mira el espectro y deja caer el estropajo)*

ESPECTRO – Ve a decir a Doña Juana que estoy aquí por la cena, como de acuerdo.

DARIO – *(balbuceando)* Vo-voy.

DOÑA JUANA – ¿Se puede saber quién es? ¡Cabra despellejada!

DARIO – Ha venido a cena.

DOÑA JUANA – ¿Quién?

DARIO – *(visiblemente asustado)* Parece el señor Arturo con la ropa de Brunella, y lleva también los labios pintados.

DOÑA JUANA – *(luego de haberse quedado algunos segundos muda)* Hazlo pasar, entonces. ¿La cena está lista, no?

DARIO – Ac... comódese.

ESPECTRO – *(entrando)* Aquí estoy. *(momento de pausa)* He aceptado vuestra invitación.

DOÑA JUANA – *(sonriendo)* Pero la fiesta en máscara se acabó la otra noche.

ESPECTRO – El tiempo que te queda es poco. He venido a pedirte si estás lista para dejar este mundo y sobre todo para arrepentirte, antes que sea demasiado tarde.

DOÑA JUANA – *(agrotando las cejas)* ¿Y crees qué esto pueda asustarme?

ESPECTRO – Ya está establecido. Quemarás en las llamas del Gehena si no te arrepentirás de tus maldades.

DOÑA JUANA – ¡No veo la hora de estar al calorcito! Pues al paraíso encontraría todos aquellos que en vida he detestado. No me importa que se haya acabado el tiempo, más bien me interesa de haber vivido un poco a mi manera.

ESPECTRO – ¡Arrepiéntete!

DOÑA JUANA – ¿Pero de qué? Nunca he tenido miedo de morir. La muerte en mis sueños es como un paseo, en comparación con aquella que llamamos vida. Si tengo que caer, quiero hacerlo a mi manera, sin que ninguno me sostenga o me empuje. *(ríe burlonamente)* ¡Nunca ayudas divinas! Jamás las he pedido y no las quiero. ¿Pentirse? ¿Pero por qué, mi querido fantasma? *(irónica)* En realidad este mundo no lo he creado yo. Y además, ¿no nos han concedido el libre arbitrio? Hay quien no lo sabe usar, pero no es mi caso. Hay quien si complace de ser un autómata, o un perro, un pez de los abismos, un antílope acorralado por leones, un chacal, o hasta una lagartija, pero... creyéndose feliz o, si no propio feliz, por lo menos inconsciente. *(ríe)* Son pocos los que saben sacar luz de las tinieblas. ¿Y tú? ¿Te has disturbado en venir a decirme que me he equivocado? ¿Qué he faltado de respeto a alguien? ¿A quién?

DARIO – *(tremando en un lado)* Doña Juana, por amor del cielo, usted desafía a todos, el diablo y el agua santa...

DOÑA JUANA – ¡Basta ya, asno miedoso! *(luego dirigiéndose al espectro)* ¡No me arrepiento de nada! Qué falle hasta el fin quien de nosotros se equivoca. Víctimas, víctimas, veo solo víctimas en el día final. Ánimas abandonadas a la desperación. Hombres en poder de la soledad, sin guia, expuestos a la carcoma infinita del abandono. ¿Morir? ¡Mejor que sentirse inútiles y vacíos! ¡Cógeme, espectro maldito, adelante! ¡Quémame ahora mismo! Estoy lista. *(a voz alta)* Me pregunto quién condanará Dios por sus pecados.

ESPECTRO – ¡Y así sea! Te llevaré en el lugar desde donde no hay regreso. Antes pero debo decirte que en mí coesisten dos almas y que de una tercera traigo un mensaje; esta última en mí quisiera ser huésped. Yo soy el alma que fue de Arturo y también de su consorte, destruida por el dolor. Pero ahora aquí se materializará quien más has amado y odiado en tu vida: *(la voz de Arturo cambia en una voz masculina anciana y malferma)* tu padre, que cedió a la locura, y que ahora te pide de arrepentirte por los pecados que has cometido. También contra su persona.

DOÑA JUANA – ¿Papá?

ESPECTRO – Hija mía. ¡Cuánto me faltas! Supieran estos brazos consolarte.

DOÑA JUANA – ¡Papá! *(pausa)* ¿De qué me acusas?

ESPECTRO – Yo no supe ser un buen padre. Sin embargo, tú no supiste amarme, ni comprenderme. Este es tu pecado, y no he elegido yo de hacertelo expiar.

DOÑA JUANA – ¡Papá!

ESPECTRO – *(con grande inquietud y con la voz que cambia en esa típica de los transexuales)* Aquí estoy hija. He venido a tomarte para mecerte en eterno. Papá ha regresado.

DOÑA JUANA – *(inescrutable)* Reconocería tus ojos bajo mil máscaras. ¡Estoy lista, pero no tengo nada de que arrepentirme! *(irónicamente)* Y si tengo que morir, haz que no sea una cuna solitaria. ¡Déjame en buenas compañías!

ESPECTRO – *(con la voz nuevamente de anciano)* Malvada, te mecerán los ángeles perversos de la ultratumba si no te arrepientes...

DOÑA JUANA – ¡El hombre nació para morir! La vida tiene un solo fin: comprender el sentido de nuestra propia miseria. ¿Arrepentirme? Te lo pido de nuevo, ¿cuál es la verdadera acusa? ¿De qué tendría que responder?

ESPECTRO – No sé, ¿parricidio, matricidio? ¿Homicidio del hijo ya mayorcito?

DOÑA JUANA – ¿Parricidio, matricidio? ¿Quiere decir qué fui yo a sacarles la vida?

ESPECTRO – ¡Ni menos intentaste salvarnos!

DOÑA JUANA – *(sarcástica)* ¡No sabría salvarme ni a mí misma!...

ESPECTRO – ¡No habrías sido nada sin la demencia de quien también supo procrear! Felices los locos porque ya han descontado en vida su infierno. ¡Recuérdate que fue esta alma a ponerte al mundo!

DOÑA JUANA *(irónicamente)* ¿Cómo podría olvidarlo?

ESPECTRO – ¡Arrepiéntete canalla!

DOÑA JUANA – Padre mío...*(le mira intensamente)*

ESPECTRO – No hay más tiempo. La salvación es esta. Para todos nosotros. Di una oración, hija mía. No importa si no crees, ¡dila igualmente!

DOÑA JUANA – *(dándole la mano y sintiendo enseguida una quemada creciente al pecho)* Habría que orar mucho y creer poco. O no rezar por nada, propio porque si cree. Lo siento, papá, pero quien nació libre el perfume de la libertad no lo olvida. ¿Ya era viva antes de vivir o muerta antes de morir? Un frío me quema el pecho *(cae al suelo sin vida, mirando hasta el final el espectro en los ojos)*

ESPECTRO – *(llorando en manera deshumana, con tonos de niño y de viejo enloquecido, la toma en brazos y se la lleva más allá de la puerta)*

DARIO – *(llamado por los gritos, ve salir el espectro con Doña Juana en los brazos*) ¡Oh Jesús, José, Santa Ana y María, qué el cielo nos proteja! *(se abate al suelo y se cubre la cabeza con los brazos)*

ACTO V

Escena I

Doña Juana

*(sobre una nube)*

DOÑA JUANA – *(se despierta, bostezando)* ¿Pero... he dormido un siglo? *(se mira alrededor)* ¿Y esta qué sería, mi cama? *(toca, se muove)* No me parece... ¿Y qué es toda esta neblina? Estaré soñando. Me parece de haber visto mi padre y el diablo, que además son la misma persona... *(ríe)* Qué extraña sensación*... (se da un pellizco en la barriga, luego otro más fuerte en el mismo lugar)* ¡Ay! Todo esto es así real. Me siento viva y despierta, ¿pero qué hago aquí? *(a voz alta)*. ¿Hay alguien? ¿Alguien me oye? *(a sí misma)* No, no hay nadie. ¿Qué sea este el reino de los muertos? *(ríe)* ¡Fuera así, sería verdad que se nace y se muere sin darse cuenta! *(ríe)* Veamos que hay aquí... *(intenta excavar con las manos, lame la nube)* ¡Nada! ¡Aire! ¿Pues entonces tendré que estar aquí por la eternidad? *(con tono más bajo, y divertido)* ¿Y dónde están las llamas, los diablos y las diablillas? Al menos podría divertirme un poco. *(ríe, llama a voz alta)* ¡Diablo! ¡Diablos! Satanasas y Satanasos, ¡dónde están! ¡ Maldito Diablo! *(se queda en silencio a orillar)* Nada, no reaccionan ni menos si los insultas. ¿Y entonces? Ángeles no se ven, diablos ni menos, ¿qué este limbo sea el purgatorio? Bien, esperando alguna novedad, me dedicaré a todas aquellas cosas a las cuales nunca me he dedicado sobre la tierra, por pereza. ¡Escribiré poesías! Esto es. Me parece una buena manera para iniciar a engañar el tiempo. Y además aquí ninguno las juzgará, seré libre de todos esos bribones que se fingen poetas o críticos agudos que sin embargo no saben distinguir un gato de un conejo. *(ríe)* Ninguno podrá reirse de mis versos: serán todos versos de amor. ¿Y si riera un diablo? ¡Cuándo un diablo, o también un santo, reirá de tu poesía, tú ríe de su ignorancia! *(ríe)* Esto es, sí, le diré: ¿de qué diablos te ríes? *(ríe)* Escribir me salvará del aburrimiento, mi cruz eterna. También aquí, aún soledad, no se huye, quién tenga un corazón y un cerebro está destinado a estar solo. De pequeña me daba miedo que me dejaran sola en un cuarto. Ahora la soledad es una especie de consolación, *(ríe)* porque sé que conduce los necios a la locura y los sabios a la serenidad. Te hace crecer de prisa y te hace morir lentamente. Solos nos sentimos vencidos por una cadena invisible. Y el género humano ya no es más libre. La hipertrofia del yo nos ha llevado a una soledad sin fin. ¡Sin embargo, yo no tengo miedo! Enfrentaré también esta. La poesía que escribiré será la música para mis jornadas. Porque la poesía basta a sí misma. *(capturada por un impreviso estremecimiento de felicidad)* ¡Seré una escritora! *(corre unos metros, después se para pensativa)* Eh... *(suspira)* ¿Pero dónde encuentro un bolígrafo? Deberé aprender mis versos a memoria. Escribirlos en el cuarto de la mente y guardarlos allí, como se hacía en los orígenes. Puede ser un reto estimulante. Sí, me ayudará a pasar el tiempo. Pero... *(se detiene)* ¿Tiene sentido querer pasar el tiempo si el tiempo no tiene fin? ¿Y si el más sabio remedio al aburrimiento, el remedio perfecto, fuera no ocuparse del tiempo sino disfrutar perennemente de su propia condición exclusivamente aquí y ahora? Me gusta... sin embargo, debo acostumbrarme a la idea. Cada situación es diferente, y no por fuerza peor de la precedente. La nostalgia es uno de los vicios humanos capitales, la idealización de lo que no regresa, por lo menos nunca de la misma forma. Y yo debo ir más allá. Bueno, pero lo pensaré después. Tal vez ahora debería reposar, dormir. *(se tiende)* Entonces, crearé una autobiografía en versos para no olvidar lo que he sido. Yo no quiero renegar mi pasado. Y si un día aquí... me cambiaran de sección, *(ríe por haber asociado aquel lugar a un hospital)* encontrarán seguramente un alma excitante a quien cantar mi historia. Quiero componer por el simple hecho de hacerlo, y para alegrar a mí misma, un hecho puramente estético. Solo el arte nos permite de crear sin tener necesidad de nada si no de nuestro ingenio. ¡Y yo seré un alma hecha de poesía! *(ríe hilarantemente)* En esto de verdad la poesía es hija de Dios, o de la naturaleza, o de cualquiera que en un modo u otro cumple el acto de crear. Contarse, sí, me gusta. Comenzaré desde los orígenes, desde el primer vagido, que conservo a través de los relatos incongruentes de mi padre, desde el día de mi nacimiento lleno de relámpagos... *(a voz alta)* Pero entonces, ¿hay alguien aquí? ¡Diablos! ¡Ángeles, Marco Antonios y Cléopatras! ¡Qué os pille un rayo, a todos! Me parece que estos, viéndome llegar, se han largado. *(ríe, y se acuesta para dormir)* ¡Al menos en este lugar solitario podré masturbarme en eterno! *(ríe)*

Escena II

Doña Juana, Dario

*(dormitorio de Doña Juana)*

*(Doña Juana duerme en su cama. Se escuchan tres golpes a la puerta de su cuarto)*

DOÑA JUANA – *(despertándose, se pone arriba)* ¿Quién es?

DARIO – Soy yo, Dario, buenos días señora. Quería decirle que ha llegado Alicia para hacerle el masaje.

DOÑA JUANA – *(luego de haberse quedado algunos segundos en silencio, se pone de rodillas en la cama)* Ah sí, Alicia... Dile de preparar los aceites y los arneses, en dos minutos estoy lista para hacerme masajear las nalgas. ¡La haré feliz! *(mira sobre su barriga y ve el lívido que se había hecho por los pellizcos. Se queda un instante a pensar. Luego mira en el vacío sonriendo, con ojos entretenidos, llenos de malicia y entusiasmo)*.

FIN

Casi una extorsión

No es que el autor me la haya verdaderamente extorsionada, sino que ha insistido con tal perorata razón para que escribiera una página por esta que es su primera obra teatral, que he pensado que fuera imposible negársela. Está bien que os diga enseguida: esta no es la enésima rescritura de la figura del Burlador. Un mito de la modernidad radicado en nuestra cultura, que arriesga a veces de venir sofocado por las proliferantes, a menudo agradables, extrañas, revisitaciones.

Como me ha escrito muchas veces Menotti, no encontrarán in este texto claves feministas, ni postmodernas, o ni menos reminiscencias contrarreformistas. Aquí, Lerro, que ha decidido así de emprender su viaje en el mundo dramatúrgico, ha jugado con una sombra irreducible – porque los mitos, más que reescritos, creo, tendrían que ser obsequíados, sin nunca temerles verdaderamente – y lo ha hecho intentando de crear un texto adaptable sea a la escena teatral que a la íntima lectura, un “hipertexto” que puede ser leído e interpretado desde innumerables puntos de vista, a través una excavación profunda que tenga cuenta del tiempo, y no hablo del aristotélico, sino más bien del pasado, del presente y del futuro de la sociedad laico-cristiana occidental.

Doña Juana encarna todos los vicios, las virtudes, las frustraciones, las tomas de conciencia y los deseos de nuestro tiempo, trazados a través de una escritura semiseria y aguda, entre filosofía y fanfarronismo, sensibilidad y prepotencia, que actúa en un cosmos de muerte en vida y vida de ultratumba, todo sacrificado en el altar de la astucia, del engaño y de la carne, pero también de la poesía. Escrito en cinco actos, el drama cuenta la historia de una mujer de orígenes burghesas que ha alcanzado el estatus de nobleza a través del matrimonio, pero que ya ha perdido interés por el propio marido – siempre lejos por viajes de negocios -, y que siente una impetuosa e ineluctable atracción por su mismo género sexual. Un sujeto cansado de las convenciones sociales, de las imposiciones eclesiales, de las reminiscencias teológicas, que sigue obstinada, intrépida y fieramente el florecer de sus pulsiones, a cualquier precio.

Doña Juana nace desde el alma femenina de la mítica icona inventada por Tirso, mutada en su esencia por Molière y elevada por Mozart, para luego transformarse en un personaje que impone su dimensión y su única y, en sus plúrimas sombras, unívoca identidad. Una matadora irónica, profunda, despiadada, llena de verdadero conocimiento, desdeñosa de la moral y profunda conocedora del ánimo humano, deseosa de engañar el próximo por el solo gusto de hacerlo; consciente que sus sensaciones llegan a ver lo que los demás no quieren o no tienen el coraje de aceptar, porque esclavos en una red que los atrampa. Una opresiva celda moderna a la cual esta heroína se opondrá con coerencia y tenacia, no preocupándose nunca de lo que le espera, sin timores ni tremores.

Augusto Orrel

Sumario 1

Entre sueño y realidad, prefacción de Francesco D’Episcopo 3

Doña Juana 6

Personajes 7

ACTO I

Escena I 8

Escena II 11

Escena III 15

ACTO II

Escena I 22

Escena II 26

Escena III 28

Escena IV 31

Escena V 33

ACTO III

Escena I

Escena II

Escena III

Escena IV

Escena V

Escena VI

Escena VII

ACTO IV

Escena I

Escena II

Escena III

ACTO V

Escena I

Escena II

Casi una extorsión, postfacción de Augusto Orrel